

La mer. (El mar).

Tierra

Recuerdo gente corriendo en la noche, voces que se mezclaban con el sonido de un mar que nos gritaba en susurros que no éramos bienvenidos. Los niños gemían empapados en sudor febril, con la mirada perdida y las pestañas cubiertas de sal en escarcha. El viento era frío y la humedad penetraba en los huesos obligándote a palpar en la oscuridad para asegurarte de que piel y músculo seguían allí donde los dejaste.

Nos agruparon exigiendo que tomáramos asiento sobre la arena fría. Los más ingenuos advertimos la necesidad de traer con nosotros un chubasquero que protegíamos de la vista del resto de compañeros. Las zapatillas deportivas que preveía como una ventaja ante una posible huída, retenían la humedad y sentía el dolor punzante que provocaba la ausencia de irrigación en mis pies.

Durante las horas de espera me atormentaba la idea de no encontrar el origen de todo aquello, el motivo vital y repentino que me llevó a enfrentarme al dolor y la angustia física ante un beneficio abstracto que en ningún momento se hacía patente, y nadie, ni esas mismas personas a las que había entregado ahorros propios y ajenos, podía asegurar que llegaría a mis manos. Y entonces, paralizado frente la capacidad de abstracción de la mente ante al dolor físico, vagaba en mis pensamientos recordando el motivo.

Luz

Salma. Salma de mi vida. Madre de mis cinco hijas. Madre del varón retenido en tu vientre, heredero de mis costumbres y mi sabiduría. Hijo, cuida de ellas allá donde te encuentres. Te delego el cargo de protector de las féminas, mis féminas, durante algún tiempo.

Mis pequeñas. Os he dejado dormidas en vuestra alcoba. Ahora en el recuerdo os veo pálidas. Cuerpos que me parecen inertes. Dormís sin emitir ruido alguno, sin mover un solo músculo de vuestro diminuto cuerpo. ¿Acaso no pude daros ni el calor necesario para empolvar vuestras mejillas? Sé que no me despedí de vosotras. También sé que sabréis perdonarme. Estudiad pequeñas. No estaré allí para instruiros, pero velaré por que nada os falte. Os lo prometo. Mi marcha facilitará vuestro futuro, pero debéis manteneros firmes. No perjudiquéis ni os sometáis a nadie, sed fieles a vuestra integridad y todo irá bien.

Salma, amor mío, mis ojos, mis manos, ¿qué seré sin ti? Hace unas horas que te dejé llorando en el umbral de la puerta y me parece una eternidad. Nuestra puerta. Recuerdo cómo te enfadaste cuando la instalamos. Te brillaban los ojos por las lágrimas contenidas. Te sentías encerrada aún llevando la llave atada al cordel de tu cintura. Ahora me alegro, me siento mejor sabiendo que os protege de la vista del extraño.

Salma, reina de mis pensamientos. Te cuidé lo mejor que supe y aún así nada era suficiente. Algo me deja sin aliento si intento recordar estos últimos años de matrimonio. Habíamos olvidado como mantener una conversación y las discusiones nos empujaron a odiarnos en silencio. Entre nosotros dejó de existir el susurro, se secaron las lágrimas del sufrimiento que produce amar. Me duele pensar en lo que se convirtió nuestro matrimonio tras el nacimiento de nuestra pequeña Nisreen, la más bonita de

nuestro palacio, que dejó en ti la cicatriz que quebró tanto tu vientre como tu alma. Ya no me dejabas acariciarte, tocarte, oler tu pelo perfumado con argán. Sabes que me vuelve loco el olor a ti. Poco a poco dejamos de escuchar a nuestros cuerpos. Nunca supe si te avergonzaba o me reprochabas no haber estado allí para evitar que el nacimiento de nuestra hija provocase la muerte de nuestra unión. Salma, princesa del Atlas, ¿llorabas por aflicción o por miedo a la soledad tras mi partida?

Llegaré a Granada caminando oculto en la negra noche. Granada eres tú, mi pequeña. Dulce, tierna y delicada Nisreen. El color azul de las paredes, la fuente que riega el jardín, la alfombra de rezos con grabados de la Kaaba, apagarán la sed de mi Marruecos añorado. Deseo llegar, trabajar y reunir riquezas suficientes para colmaros de oro. Salma, soberana de la Corte Almorávide de Granada, ¿temes que te olvide? Te veré día y noche rezando en la Alhambra, vestida con velos de seda entre fragancias de incienso del Paraíso mientras la brisa exhala su aliento en tu nuca.

Aire

Bader, maldito sea el momento en que regresaste a tus orígenes. Apareciste en nuestras vidas el día en que mi padre nos anunció su inminente boda con la viuda de Sidi Ahmed, el *imam* de la mezquita de Zágora. Era una mujer humilde y recatada. Contenia toda la sabiduría que Sidi Ahmed había transmitido en los sermones de cada viernes desde que concibo mi propia existencia. Esa fue su única herencia. Esa y tú. Un hijo que jamás se preocupó por el bienestar de los que le dieron la vida. Mi padre, musulmán devoto, cumplió con el deber de ayudarla económicamente y acordó que la forma más legítima de hacerlo sería unirse a ella en matrimonio.

Llegaste desde Jaén conduciendo un coche enorme. Negro metalizado, asientos de piel, cierre centralizado, aire acondicionado. Definitivamente hablabas en otro idioma. No cargabas enormes fardos ni electrodomésticos. No traías golosinas para los niños ni azafrán para las mujeres. Abriste un ridículo cubículo situado sobre el capó para extraer una maleta de mano de la que parecía depender toda tu existencia.

Pasados unos minutos y calmada la tensión de las presentaciones, las mujeres iniciaron su perorata. Las casaderas corrieron a pellizcarse las mejillas frente a los espejos destartados de sus alcobas mientras sus madres retiraban de ellas toda joya que pudiese confundir al invitado asumiendo que la joven era una mujer casada.

Finalizada la pedida de mano formal y los trámites de matrimonio, te alejaste de nuestra vida sin apreciar siquiera la grieta que había producido tu visita. Los jóvenes asemejaban tu pose vistiendo sus camisas llenas de lunares de aceite y barro, minuciosamente colocadas, introducidas en el pantalón y desabrochados los primeros botones, exhibiendo el vello por el que rezaban rogando les fuese concedido el deseo de verlo más fuerte y oscuro cada día. Los proyectos de mejora de caminos y red eléctrica quedaron estancados en el papel que tiempo atrás constituía la ilusión por nuestro futuro. Nadie trabajaba en beneficio de la aldea. Los rumores sobre la inminente huida de los jóvenes al extranjero, poco a poco, se hicieron palpables. A nadie le interesaba el presente, vivíamos inmersos en un futuro idealizado en el país vecino. Volveríamos a la aldea cubiertos de riqueza, grandes automóviles y cortes de pelo perfectos. No más tardes sin nada que hacer, fumando *kif* y bebiendo refrescos sobre la colina.

Mar

Llevaba algo más de cuatro horas abrazado a mis rodillas cuando alguien estiró de la manga de mi jersey, gesticulando y haciéndome perder el equilibrio. Tenía los músculos paralizados por el frío y había perdido la noción del espacio. Caí al suelo. Todos mis compañeros corrían hacia una embarcación situada a pocos metros de la orilla. Lloraban en silencio temblando más por miedo que por el frío que sentían. Se nos había prohibido emitir cualquier tipo de sonido en lo que durase el embarque. Los niños, amenazados por sus mayores, lloraban con la boca abierta exhalando gemidos mudos que en nada se parecían al llanto. Éramos gente demente, con el único objetivo de llegar. No sabíamos adónde. Ni para qué. Sólo sabíamos que queríamos un salario, hospitales, lavadoras, termostatos, aspiradoras... Era una locura.

Esa noche el mar nos arrebató la poca dignidad que nos quedaba. El pánico provocó en niños y adultos crisis nerviosas, vómitos, temblores y descomposiciones. El hedor nos envolvía, se asentaba entre nosotros golpeándonos cada vez con más fuerza.

Dura realidad que contrasta con el sueño esperado. Agua helada que salpica nuestro rostro y nos despierta de nuestras ensoñaciones. El arco iris en las luces de Tarifa, a no más de treinta metros. La luna, ausente y cobarde, no quiere ser testigo de nuestro destino. Sueños que se diluyen frente a la inmensidad de un mar que amenaza con engullirnos.

Salma, lucho cuanto puedo por no dejarme vencer. Te veo parada frente a mí, pálida y en silencio. Ojos que me habéis acompañado siempre, cerrados frente a lo que está a punto de ocurrir. Manos que alimentan las raíces de nuestra existencia, acariciad este rostro frío y sin vida por última vez. Voz que me susurra la canción de cuna que tantas noches te oí cantar... *Quand jadis j'étais la mer, cheveux d'algues et yeux pairs. La mer, la mer...*